

Juan Bautista de Uriarte

Y GASTELUZAR



ESTE es el nombre del último vástago de la esclarecida familia de los Uriarte de Zumaya, que acaba de abandonar el mundo de los vivos el día 1.º del mes corriente, para unirse en otra región mejor á sus ilustres antepasados que gozaron de legítimo influjo en su villa natal y en la provincia toda, desde tiempos muy remotos.

Dueños de la histórica y vetusta Lonja de Bedua, enclavada en jurisdicción de Cestona, en ella tuvieron aquellos ascendientes su residencia antiguamente, hasta que se trasladaron al palacio actual de Zumaya, que fué levantado el siglo XVII por el secretario del Rey Felipe IV, D. Juan de Olazábal.

Como muestra de la consideración y aprecio de que gozaban los poseedores de este apellido en la comarca, citaremos el caso curioso de haber sido nombrado un hijo de esta casa, alcalde de Zumaya y Cestona en un mismo día. en aquellos tiempos en que se podía ser vecino de varios pueblos al mismo tiempo, aunque tuvo luego que renunciar á una de las dos alcaldías por exigencias de la ley.

Siguiendo la marcha de los tiempos, cuando las Renterías ó Lonjas no tuvieron razón de ser, estableció D. Juan Bautista una importante fábrica de cemento en el mismo lugar que sirvió de cuna a sus progenitores, pero dejando intactos los seculares edificios que aun ostentan su venerable antigüedad en la orilla de la pintoresca ría de Oiquina, evocando la memoria de los Bedua, los Marzana, los Arizpe y los Uriarte, que durante muchos siglos dieron nombradía como puerto de mar á la villa de Cestona, merced al importante tráfico de la ex-

presada Lonja de que eran señores, y que consistía principalmente en la descarga del mineral y en la carga del hierro de las ferrerías de la comarca.

Condescendiendo al deseo vehemente de sus paisanos, que en tanta estima le tenían, desempeñó Uriarte en Zumaya el cargo de teniente de alcalde los años de 1881 y 1882 y el de alcalde los años de 1883 y 1884, y contribuyó eficazmente en ese tiempo á la realización de mejoras muy importantes en su villa natal, pudiendo mencionarse entre ellas la escalera que desde el muelle sube á la casa de Mari, la instalación del teléfono, la construcción del camino del Faro, etc. Esta es la única página de su vida pública, y es bien seguro que por su carrera de abogado, por su ilustración, por su posición social, por su amor al país, por su honradez y hombría de bien, hubiera figurado, á pesar suyo, en primera línea en los asuntos públicos de Guipúzcoa, si la falta de salud no hubiera exigido de él, con su cruel tiranía y continuas torturas y sinsabores, todos sus cuidados y los de su familia.

Mas los guipuzcoanos, conocedores de las dotes relevantes de Uriarte, no pudieron ver satisfechos sus deseos de llevarle á puestos en los cuales pudiera mostrar su amor á Guipúzcoa, traducido en obras dictadas por el intenso amor que profesaba á su tierra, y hubieron de resignarse á manifestarle en el terreno particular de la amistad privada, el cariño que le profesaban. Y cuantos le ofrecieron en vida ese cariño, confirmáronle por vez postrera en la triste ceremonia de los funerales. Celebráronse éstos el día 2 en la parroquia de San Vicente, de San Sebastián, y las naves amplias del templo eran reducidas para contener la muchedumbre en ellas congregada. Lo más selecto de la sociedad donostiarra acudió á ofrecer una oración por el alma de su amigo leal, y en nutridísima y severa manifestación, acompañó luego al cadáver hasta el extremo de la Concha, donde se despidió de él para siempre.

A las cuatro y media de la misma tarde llegó á Zumaya el carruaje fúnebre que conducía los restos mortales; el recibimiento que Zumaya dispensó á su hijo, fué de los que sólo se ofrecen á personas de corazón noble, cuyos sentimientos supieron encontrar eco en todos los demás espíritus.

El Ayuntamiento en pleno, seguido de todo el pueblo y precedido de la Randa Municipal, esperó á Uriarte á la entrada de la población. Dejó la Banda oír los acordes fúnebres de la marcha de Rossini, y á sus notas se mezclaron los ecos tristes de las campanas. El cadáver fué

conducido á la casa solariega que, siempre amorosa, le ofreció albergue por última vez en uno de sus salones transformado en capilla ardiente. Durante las horas de la tarde y de la noche, todos los habitantes de Zumaya, con lágrimas en los ojos y tristeza en el corazón, desfilaron ante el cadáver de quien tanto hizo por ellos.

A las diez de la mañana del día 3, se celebraron en la parroquia con gran pompa é inusitada asistencia de gente (1), los funerales, y acto seguido los fríos despojos fueron conducidos al panteón de la familia, acompañados por todos sus paisanos que lloraban al pensar que las campanas de la iglesia y las músicas y los tristes cánticos, ofrecían en aquel acto el último homenaje al bondadosísimo hijo de Zumaya.

El día 5, la Comunidad de Monjas celebró en el convento las exequias en honor de su bienhechor, y el mismo día los socios del finado, los que perdieron un amigo querido y entusiasta compañero con quien compartir las luchas y los trabajos, dedicáronle también solemnisima función en la parroquia.

Puede la familia del finado mostrarse satisfecha, si satisfacciones caben en trance tan amargo, de las pruebas de simpatía y aprecio que se le han prodigado, pero no concluirán ahí seguramente el cariño y la estimación que sus amigos sentíamos hacia él, sino que perdurarán por mucho tiempo los lazos de afecto con que nos hallábamos ligados á su persona.

Aun vienen á mi memoria los recuerdos del tiempo aquél en que en la capital de Aragón recorriamos juntos el camino de la Casa Blanca ó las orillas del río Gallego, y nos condolíamos en aquellas soledades de nuestra triste orfandad al sentirnos solos en el mundo, sin padre que nos guiara y sin madre que nos amara, ¡ni á quién amar!, en aquellos juveniles años en los cuales es una necesidad querer y ser querido. ¡Qué frío sentíamos en el corazón al pensar que habían muerto para siempre los que podían llamarnos ¡hijo mío! y recordar que nunca nuestros labios podrían pronunciar el dulce nombre de ¡madre mía!

¡Quién había de decirte entonces, pobre Juan, que tus hijos al llegar á tu edad, habían de llorar las mismas penas y habían de sufrir las mismas amarguras que tan hondamente te hacían sentir! Pero no, amigo querido, no es tan intensa la desgracia que aflige á tus hijos, y si en los últimos instantes de tu vida, este tétrico recuerdo ha asaltado

(1) Se calculó que pasaba de 400 el número de los hombres que acudieron al entierro.

tu pensamiento, pronto se habrá desvanecido tu dolor al contemplar junto á tu lecho á la digna compañera que queda en el mundo para llorarte y enjugar las lágrimas que tus hijos viertan por tí, triste misión que sabrá cumplir con todo el dulce amor de que es capaz una esposa modelo y una madre cariñosa y buena.

¡Descansa tranquilo, mi buen amigo!

SERAPIO MÚGICA.

